

CAPITULO XVII.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN ARGELIA.

MONSEÑOR DUPUCH.

Gran pensamiento por cierto fué enviar al Sacerdote católico á la Argelia para que ejerciera un ministerio de paz y de amor, en medio del estallido del cañon y el silbido de la metralla. Por la primera vez la Arabia ha podido contemplar cara á cara al cristianismo, resumido enteramente en el piadoso Obispo misionero; y ¿por qué esta mision tan sublime no tuvo entonces la influencia que podia tener? A nadie acusamos, porque adoramos en secreto los designios de Dios.

Pero sea lo que fuere, el Sacerdote ha hecho mucho en esta parte del mundo, á pesar de los obstáculos de todo género que encontró, para probar otra vez más á la filosofía, que nunca le ha faltado poder y vida para despertar á las naciones dormidas en el error, y comunicarles aquel movimiento progresivo de moral y de civilizacion que solo en la cruz se halla; y nuestros filósofos que creyeron en su loco orgullo *asistir á las funerales del gran culto*, se persuadirán, á vista de tantas maravillas, y cien veces más, de otra nueva decepcion en sus cálculos insensatos. No más porque sus malas pasiones habian matado en su corazon el cristianismo, y porque sus ideas, del todo materializadas, no podian elevarse á la altura de la fé, no más por esto rapito, habian esperado que el Sacerdote jamás podria levantarse de los golpes que le habia dado el siglo diez y ocho. Pero ved que en el momento en que ellos se aplaudian por haber sellado la piedra de su sepulcro, él—el Sacerdote—se levanta más poderoso allá en aquella parte del Africa, donde Agustin le dió vida con su génio, su fé y su caridad.

Pero apresurémonos á hablar de aquella obra para siempre memorable, llevada á efecto con admiracion del mundo entero y con gloria del

Sacerdote: del cange de prisioneros. Este pertenece exclusivamente al génio del Sacerdote católico, á su dulzura á su tolerancia, á su carácter: jamás la fuerza bruta del cañon, ni la habilidad del general, ni el poder impotente del número hubieran obrado una cose semejante; y no tememos añadir que si el gobierno frances emprendió resueltamente la colonizacion de Argel y por fin se sentó sobre la costa de Africa para hacerla francesa, nunca lo hubiera conseguido sin el concurso del Sacerdote católico. Cualquiera otro medio habria sido impotente: con el sistema militar, habria hecho, sí, víctimas, pero nunca colonias: vastísimo habria sido para los soldados y los gefes el campo donde hubieran con su gloria inmortalizado sus nombres y ganado cruces y charreteras, pero se habria convertido á Argel en un sepulcro, en tierra de desolacion, que hubiera devorado á la metrópoli y acabado con los colonos é indígenas.

Dos hombres, dos gefes, parten de Argelia, cada uno á la cabeza de su tropa; el uno, el gefe militar, presidido de una valiente division que va á asegurar las conquistas de la Francia; el otro, el gefe de la religion, arrastrando tras sí, en medio de una escolta insignificante, un lastimoso convoy de mujeres, niños, cautivos y heri-

dos que conducen al lado de sus hijos, de sus padres, de sus esposos, en cambio de otros tantos cristianos que se le entregarán á él, padre legítimo de todos los cristianos de Africa. Las dos tropas, la guerrera y la pacífica, se encuentran en el mismo punto, y para colmo de incidentes que la Providencia se complace en aglomerar para hacer más ostentacion de su gloria, se hallan sin pensarlo, y mucho ménos quererlo, en el lugar y a la hora que los ejércitos beligerantes habian fijado para la ruptura de las hostilidades. Nunca el resultado de una negociacion fué más comprometido que entónces, ni jamás la buena fé se revistió como allí de tantas apariencias de traicion. Solo sintiendo el Obispo de Argel bajo su estola, alguna de aquellas inspiraciones que Dios reserva á sus santos cuando los pone en medio de los peligros; solo encontrándose muy fortalecido por su fé y su caridad, pudo haberse atrevido á una de aquellas temeridades, inexcusable de parte de cualquier otro que no fuera un Obispo, ó un santo. Porque, notadlo bien, no era solo su cabeza, la que le llevaba á Sid-Mohammed, sino eran las de nuestros prisioneros que no le pertenecian; eran las de aquellos valerosos compañeros que entregaba á los árabes, á riesgo de verlos degollados en monton con los prisioneros

franceses. Nada detiene sin embargo á este hombre, á este Obispo que se halla allí en su carruaje rodeado de un ejército salvaje é irritado, en presencia de un bey armado hasta los dientes, y que sospechaba una traicion. Para imponer á los bárbaros no cuenta entónces más que con su mitra, su báculo y su cruz con que se halla revestido, que aunqe á otros los hubiera contenido, no era de esperarse en aquella crítica circunstancia. Una puñalada, un signo cualquiera hubiera bastado para que torrentes de sangre corrieran, y tanto más, cuanto se creyó oír, un momento despues, la explosion de un arma de fuego, partida de los flancos del Obispo. Instante terrible en que la realidad de aquel drama parecia sobrepujar al alcance de la imaginacion!

Todo se verificó á medida dei deseo: se estrecharon las manos, se vertieron palabras de reconciliacion y demostraciones de amistad, y todo, entre el estruendo de la metralla que arrollaba á los árabes, tocándose, en signo de paz, la cruz episcopal con el alfange del bey, y retirándose los negociadores admirados de la mútua abnegacion de ámbos, y con el feliz término de aquella conferencia. Si habláramos de la vuelta de M. Dupue, diriamos que pocos triunfos pueden compararse con el suyo al través de toda la Mitija,

y triunfo tanto más bello, cuanto que á afecto de las medidas que no nos pertenece apreciar, ninguna ovacion popular tuvo lugar con la que se afectara la humilde alegría del Pontífice.

Una circunstancia que es necesario no omitir, y que imprimió un sello de grandeza y de magnificencia á todo esto, y tal como si el cristianismo solo puede imprimirlo, fué que estos acontecimientos tuvieron lugar en los dias 17, 18, 19 y 20 de Mayo, mes consagrado á la *Madre de la gracia*, y durante las rogaciones y Ascension de Nuestro Señor Jesucristo. A la hora misma en que el Sr. Obispo salia de Argel, presidiendo la larga fila, de prisioneros árabes, todas las iglesias del mundo cristiano salian tambien de sus templos, (donde el culto es libre), y se esparcian por los campos, cantando la gran letanía, invocando á los mártires, confesores, santos pontífices, á todos los héroes del cristianismo que han sacrificado su libertad y su vida por la salvacion de sus hermanos, y de aquel Cipriano que ha consagrado la tierra de Africa con su sangre, y de aquel Ramon Nonnato que fué necesario encadenar sus lábios para impedirle que evangelizara, y de aquel Vicente de Paul que la honró eternamente con las cadenas que allí llevó, y tantos otros santos de órdenes redentores que la han santifi-

cada por el sin fin de cadenas que en ella han roto. Toda la iglesia, digo, invocaba á aquellos protectores, y les pedian á grandes voces, que *protegieran á nuestros hermanos en peligro, y velasen sobre los ausentes y viajeros, librase á los cautivos, y por doquiera hiciese triunfar el nombre cristiano.* Aquellas súplicas santas se han levantado al cielo desde la tierra por todas aquellas partes donde existe el Sacerdote católico, durante los tres dias de rogaciones, y la vuelta á Argel, ha coincidido con la fiesta de Jesucristo que triunfante entró en su reino, á la cabeza de sus cautivos rescatados. Sin duda que M. Dupuch no podria ménos que sentir una grande emoción al recitar en su breviario, (si es que pudo recitarlos por tantas atenciones) los salmos, é himnos, de los que cada uno tenia su aplicacion entónces á las circunstancias presentes; Jesucristo subiendo á los cielos llevó consigo á la cautividad. Naciones, palmotead las manos; cantad á Dios cánticos de alegría, porque el Señor es sobre todo: es grande el rey de la tierra: ha sometido á nosotros los pueblos; ha puesto á los bárbaros á nuestros piés. Cantad la gloria á nuestro Dios. Cantad, cantad la gloria de nuestro rey, cantad, Dios reinará sobre todas las naciones. (1)

(1) Salmo 46.

Nó, una tierra que ofrece tales espectáculos, no es una tierra maldita, ni Dios ha agotado sobre ella sus misericordias. Nó, el Sacerdote católico que todavía sabe presentarse así ante la feroz media luna del profeta, nó, no ha muerto todavía, y más aún, puede conmovér al mundo y puede hacerlo revivir con su fé. Pero prosigamos nuestras consideraciones sobre los trabajos apostólicos del Sacerdote sobre la tierra de Argel; quizá lo apreciemos más por el celo que lo animó y la mision que allí ejerció entónces.

Bella fué, en efecto, aquella mision del Sacerdote en esa parte de Africa. Bajo su aspecto espiritual, el ministerio eclesiástico fué allí consolador é indispensable, porque allí el soldado no es irreligioso é indiferente como en Francia. A muchos centenares de leguas de su familia rodeado de hombres del lenguaje, costumbres y trajes tan diferentes á los suyos, se recoje dentro de sí mismo: las ilusiones dan lugar á sérias reflexiones; se sostiene con las palabras santas que aprendió desde su infancia, y cuando en el campo, en medio de una naturaleza salvaje y silenciosa, oye por las noches á cada cuarto de hora repetir á sus flancos aquel grito solemne emitido por cien bocas: «centinela—alerta,» eleva se corazón y sus ojos al Dios de sus padres. Rarísimo es ver al

soldado enfermo que no solamente no rehuse, pero que no pida él mismo el auxilio del Sacerdote: verdad es esta, que su fé no se ha extinguido en su corazon, y que la religion puede revivir sobre el suelo africano.

En los hospitaies, el Sacerdote católico está al lado del médico cuando éste dá sus consultas y muchas veces sirviendo de intérprete, inscribe sus ordenanzas, las hace ejecutar, secunda á los religiosos cuando ellos no son bastantes para el trabajo, y le sucede casi todos los dias, tener que curar quince ó veinte desgraciados cubiertos de heridas ó úlceras. Para manifestar su reconocimiento, los idígenas llevan frecuentemente á las hermanas, huevos, dátiles, pollos y aun borregos. Es muy raro encontrar alguno que despues de haber sido curado, vuelva á su casa sin expresar al ménos al Sacerdote católico su gratitud, y frecuentemente antes de dejar el hospital, besan la mano y derraman lágrimas, diciendo que *Rabbi*, (Dios) le dé la justa recompensa por todo lo que ha hecho por ellos.

Por estos cuidados y servicios se gana enteramente la confianza el Sacerdote católico: los principales van frecuentemente á verlo; el va á pagarles su visita, lo invitan á comer, y ellos van á comer á su casa; cuando el Sacerdote va, le

hacen servir la mesa por su mujer, en testimonio de amistad y estimacion particular, honor que á ningun frances, ni aun entre ellos mismos, se dispensan. El califa decia una vez á un Sacerdote que habia invitado á su mesa: "El general ha comido en mi casa, y muchos coroneles han hecho otro tonto; jamás han visto ni á mi mujer, ni á mi mis hijos, pero tú que eres el morabout francés, y que te quiero mucho, deseo que estés en mi casa como si fueras mi padre."

Ved todavía algunos hechos notables que serán leídos con gusto y que prueban que lejos de que la vista del Sacerdote católico enfurezca á los árabes, les inspira al contrario, respeto, confianza y benevolencia.

En los primeros meses de 1839, el cura de Constantina visitó solo una gran parte del Masif, del Sahel y de la costa: frecuentemente se alojaba solo en las barracas donde á muchos otros franceses se les habia cortado la cabeza, así como á los soldados y á los colonos; y á él nunca le sucedió, ni el más ligero accidente.

En la misma época, durante una excursion que el Sacerdote católico hizo con un frances y un jóven holandés, y un intérprete árabe, en la parte del pequeño Atlas, habitado por los Ben-

Moussa, los Kabitas, saliendo luego de sus chozas, se prepararon con ses fusiles tras de las cercas. ó en los matorrales ó espesuras de los árboles, y allí permanecieron á la defensiva; pero cuando el intérprete les dijo que era un marabout frances y que venia á verlos á su país, dejaron sus fusiles, y se presentaron ante él en gran número, rodeando toda la caravana. No saciaban de contemplar al Sacerdote católico, haciéndole muchas preguntas al intérprete con aire de benevolencia; y cuando los viajeros descendieron de la montaña, lo siguieron con la vista hasta que desaparecieron.

Monseñor, decia con este objeto uno de los oficiales superiores del ejército al Obispo de Africa,—si yo saliera solo como vos y vuestros Sacerdotes, querria llevar al ménos dos pistolas á cada lado y empuñando el sable en mi mano; sin esto no estaria seguro de volver á mi casa sano y salvo. Vosotros con vuestra cruz y vuestro traje, vais solos por donde quereis, y se os respeta.

Los que dicen que el Sacerdote católico atravesando los siglos ha perdido su grandeza y su influencia, que conserven en su memoria esta confesion, tanto más honorífica, cuanto que no sale de una boca nada sospechaba. Es ciert^o

pues que el Sacerdote ha dado en Africa el más sublime espectáculo que al hombre le sea dado ver. Dios quiera que esta influencia no sea interrumpida por un malquerer subalterno, y que se comprenda que la dulzura de la religion y el celo esclarecido y tolerante de sus ministros hacen más que el cañon y los fusiles. Y dígase lo que se quiera, los hechos no se debilitarán, no ser que se destruya la historia: ved, pues, un hecho: el Sacerdote católico con su cruz ha salvado al mundo, y él solo, con ella, lo puede regenerar; y si el mundo ha degenerado, no es porque el Sacerdote, haya faltado al mundo, sino el mundo quien ha faltado al Sacerdote.

En Constantina, los domingos, en la misa, hay más árabes que franceses, y muchas veces sucede que no siendo suficiente el local para los primeros, se les permite estar hasta en el púlpito. Verdad es que la mayor parte van por un sentimiento de curiosidad, pero todos guardan una noble y respetuosa postura, y se les ha visto que como los cristianos católicos, hagan la señal de la cruz. Despues de medio dia la Iglesia es siempre visitada principalmente por grupos numerosos de mujeres árabes que van á ver y hacer ver á sus hijos los cuadros y estatuas de la *Jemma-el-Roumy*, (la Iglesia de los cristianos.)